

lucha después, y por último triunfo de las ideas sanas, del talento y de la justicia.

La parte sexta «Transfiguración», es la vida llena de calma de Zola después del proceso Dreyfus. La vida consagrada al trabajo. Tiene 60 años, pero posee fuerzas suficientes para seguir escribiendo y dar obras a la humanidad que no las olvida. El escritor piensa en su fin, y escribe; «Todo pasa, y por eso lo amo más apasionadamente todavía. Lo que amo, es el combate y el conocimiento, el trabajo cotidiano en el dolor, el trabajo, nuestra ley. Nada de contemplaciones: ¡Luchar y desaparecer!». Sin embargo, el recuerdo que se tiene del novelista y del hombre, es duradero, no desaparece su imagen, porque se siguen publicando sus obras, sus fotografías y se le rinde homenaje y se le admira más cada día.—FRANCISCO SANTANA.



<https://doi.org/10.29393/At192-14ANLD10014>

ANALECTA, por *Antonio Aita*. Buenos Aires

Antonio Aita ha seleccionado en este libro algunos de sus estudios más serios y definitivos alrededor de la obra y la personalidad literaria de ciertos escritores europeos, a quienes les ha tocado enfrentarse con los curiosos e inesperados problemas espirituales, que el choque de corrientes ideológicas ha suscitado en el mundo actual.

Desde las primeras líneas de su libro, Aita nos atrae por la sostenida fluidez de un estilo, claro y transparente, en donde las ideas están expuestas con precisión y mesura. Dos cualidades que nos parecen sobresalientes, pues denotan la presencia de un gran espíritu, nos llaman la atención en el autor: la serenidad de su juicio y la habilidad con que diluye en la exposición, su amplia cultura literaria. Jamás, Aita nos aturde con nombres de libros y de autores. Sus citas son breves y ciertas. Sólo se vale de ellas cuando es imprescindible reforzar una

opinión, o necesarias para dar una impresión más cabal del asunto que trata.

Aita, ha conseguido identificarse con las palabras de André Rouseaux: «El crítico no es un hombre que posee la verdad, sino el que la ama y desea encontrarla en los acontecimientos de la vida». De ahí que el autor de «Analecta» haya logrado realizar una obra serena y medulosa; estructurada a base de sensibilidad y de calor humano. Esta condición es una segura brújula en el camino de su análisis, pues no inquiere en su propia mentalidad el secreto de la inspiración que animó al artista o al pensador, sobre quien fija la lente de su investigación, sino que busca las razones determinantes de su obra y el porqué de su posición intelectual en el ambiente que lo rodea. No es Aita un crítico obsesionado por preceptivas y fórmulas literarias de nuevo cuño. Va a lo hondo, a lo trascendente, con paso firme y con pupila alerta. Cada autor encuentra en su espíritu una acogida, un hospedaje de interpretación y comprensión. Sus conocimientos de los problemas de la cultura europea, le dan flexible ponderación a sus juicios, a tal punto que ellos bastan para apreciar cabalmente la personalidad de un escritor y el concepto de lo que significa como expositor de ideas o creador de belleza.

Las páginas que Aita ha escrito sobre el moralista Darmstadt, son de una finura y agudeza que pocas veces suele darse en nuestra América como acierto interpretativo, en la crítica literaria. En esta ocasión se dedica, limpio de prejuicios, a la tarea de aprehender y sopesar las cualidades más definidas y cimeras de la curiosa personalidad de ese hombre de tan poderoso aliento vital que es Keyserling. No es su mordacidad impenitente, ni su burlón escepticismo el que preocupa a Aita en su análisis. Lo atrae el potente estallido de fuerzas primarias que hay en su naturaleza. Descendiente de músicos y artistas, sin embargo «carece de talento poético y dramático». Pero en cambio posee la intuición genial para desentrañar del caracterís-

tico fluctuar del pensamiento moderno, las verdaderas causas del mal que aqueja a la civilización occidental. Y eso no lo aprendió Keyserling en los libros, sino que lo extrajo del mundo, de la vida misma: países, costumbres, modalidades. La psicología de un pueblo no esconde secretos para este germano de mirada de águila, y Aita agrega: «Su inteligencia natural no necesita ahondar mucho en el examen de las cosas para dar con el fondo esencial de las mismas».

Aita, no limita su crítica a plantear o resolver simples problemas de estética en la manera de concebir el arte. Busca en su corazón esa luz efusiva que le permite acercarse sin recelos a otro espíritu, para sorprender lo íntimo, con humano fervor. Es entonces el artista que satura de su propia emoción su interpretación estética, pues busca en la creación literaria ese signo vital que muestra una realidad expresiva y elocuente. Esa elocuencia que se forma con los matices del escritor y su fuerza temperamental, aunque a veces tenga la mente afebrada de sensaciones confusas, que un día se desbordarán torturadas y tumultuosas, pero fuertes y vivas, como aquellas plantas nacidas en los riscos que no obstante son capaces de dar un fruto exquisito o una flor de sorprendente hermosura.

Tal le ocurre en el caso del novelista norteamericano Williams Faulkner, de quien Aita dibuja un vigoroso perfil literario y humano de acusado y nítido relieve, que demuestra un seguro conocimiento del novelista y del medio de donde extrajo los elementos vitales que conmueven sus relatos. Es en estos casos cuando Antonio Aita demuestra mejor su sentido penetrante, pues sus observaciones son claras y precisas como un dibujo a tinta china. No le critica a Faulkner su exceso de trágicos y sombríos episodios, ni las escenas de depravada y absurda violencia. Para enjuiciarlo, lo ubica en su «clima emocional» y por este camino destaca los méritos del autor de «Sanuario», novela que leímos hace algún tiempo y nos dejó esa

sensación de aterradora angustia que ahora, en estas páginas de «Analecta», encontramos magistralmente definida.

Refiriéndose a este aspecto de la obra de Faulkner, Aita dice: «No puede expresarse con claridad lo que no se ve claridad; sin embargo, el arte de Faulkner logra salvarse de caer en la obscuridad absoluta. Y algo más que vagos destellos iluminan su camino, diríamos que una poderosa estela de luz, de luz que surge de lo más profundo del ser, abre senderos inmensos en esas encrucijadas que accechan el destino de sus héroes. Esa claridad permite advertir la peripecia, aunque no eluda su riesgo, y constituye su habilidad, y por qué no decirlo, la calidad literaria que determina su jerarquía y técnica».

Junto con verificar el balance de los distintos aspectos que hay en la obra y en el hombre, Aita consigue a la vez comunicar sus emociones en el encanto de su prosa de plástica elegancia y honda sencillez. Su fina intuición sabe encontrar en el alma de las cosas circundantes, el influjo que éstas tienen en el temperamento del hombre que pretende reflejarla en su arte. Aita convierte la crítica, en un ensayo de interpretación literaria, y por este camino realiza el milagro de estimular al artista o al pensador, dándoles la jerarquía espiritual que les corresponde y esto sin eludir las fallas que la obra analizada puede tener.

Estímulo que es necesario en toda actividad humana, especialmente en el caso del trabajador intelectual, pues fortalece su fe, sin envanecerlo. Hace un bien tanto al que maneja ideas y escribe una literatura especulativa, como al creador de belleza pura a base de emoción y realidad.

Aita entiende bien ese deber espiritual. Sus ensayos europeos, finos y penetrantes, explican su actividad cordial y estimulante para inyectar fe y ensueño a los hombres que trabajan por la cultura de los países de nuestro continente. Y ésa, a nuestro juicio, es la gran misión del crítico en América.—
LUIS DURAND.

